

Romancero Viejo. Romance del Prisionero.
Comentario de texto.

Por el mes era de mayo,
cuando hace el calor,
cuando canta la calandria
y responde el ruiseñor,
cuando los enamorados
van a servir al amor,
sino yo, triste, cuitado,
que vivo en esta prisión,
que ni sé cuándo es de día,
ni cuándo las noches son,
sino por una avecilla
que me cantaba al albor.
Matómela un balletero;
¡déle Dios mal galardón!

(1. Localización.)

El texto propuesto para el comentario es el *Romance del prisionero*, uno de los más conocidos del Romancero Viejo. El Romancero Viejo es un conjunto de poemas anónimos compuestos durante los siglos XIV y XV que se hallan emparentados tanto con la poesía épica (para Menéndez Pidal, los romances tienen su origen en la fragmentación de la épica, de la que toma parte de los asuntos y la métrica) como con lírica tradicional, con la que comparte muchos rasgos de estilo.

Dentro de los grupos en que suelen clasificarse los romances, el *Romance del prisionero* se incluye en el de los romances líricos y novelescos. En tales romances el asunto es inventado (no procede de sucesos históricos, de la épica o de leyendas caballerescas) y el lirismo predomina a veces sobre la narración.

(2. Contenido.)

Este último rasgo es visible en el romance que vamos a comentar. El poema, en la versión que comentamos, entraría en la categoría de lo que Menéndez Pidal llamó *Romances-escena*, pues no relata una historia con planteamiento, nudo y desenlace. En su lugar, nos encontramos simplemente con un monólogo en primera persona en el que un prisionero, mediante la descripción de su situación y el relato de un suceso mínimo

(la muerte de la avecilla) expresa la amargura que le produce su falta de libertad.

Sin embargo, en otra versión mucho menos popularizada, el romance continúa con otros 26 versos: el rey escucha el lamento del prisionero, se apiada de él y lo libera. La ausencia de este desenlace (rasgo frecuente en los romances, conocido como fragmentarismo) imprime al texto una mayor intensidad lírica.

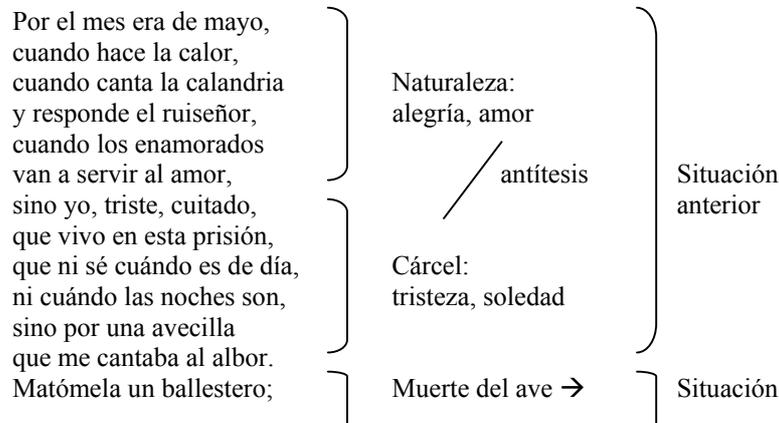
(3. Estructura.)

El texto sigue el esquema métrico característico de los romances. Se compone de catorce versos octosílabos con rima en los pares. La presencia de numerosas rimas consonantes es una anomalía frecuente en los romances líricos. Sin embargo, desde la perspectiva de la hipótesis sobre el origen épico de la versificación de los romances, deberíamos describirlo como una tirada de siete versos hexadecasílabos monorrimos, divididos en dos hemistiquios de ocho sílabas.

Si atendemos a la disposición del contenido, observamos que el poema presenta una organización compleja. El primer verso plantea el romance como un narración (“Por el mes **era** de mayo”). Fue entonces cuando tuvo lugar la única acción que se relata: la muerte de la avecilla, contada brevemente en el penúltimo verso. Sin embargo, entre la localización temporal del suceso y el suceso mismo se intercala una extensa descripción de la situación anterior del prisionero (efectuado, paradójicamente, en presente histórico), cuya tristeza y soledad se ven precisamente agravadas por la muerte del ave, que le ofrecía el mínimo consuelo de saber cuándo era de día y de noche, único contacto que le quedaba al prisionero con el mundo exterior. Esta disposición, por consiguiente, intensifica los sentimientos de amargura, desconsuelo y desesperación del personaje, manifiestos en la imprecación final que dirige al ballestero.

Resumiendo lo anterior, podemos apreciar dos partes en el texto:

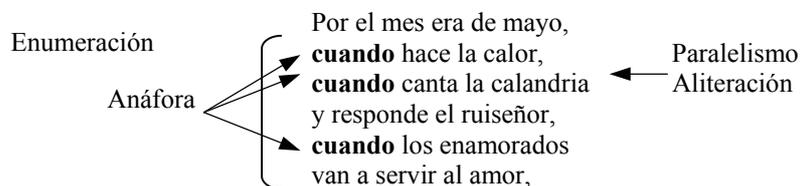
- Los versos 1-14 presentan la situación del prisionero antes del suceso. La tristeza y soledad de su encierro (versos 7-12) se destacan mediante una antítesis con la alegría y el amor que, por la época del año, reinan en el mundo exterior (versos 1-6).
- Los versos 15-16, en cambio, expresan la amargura y desconsuelo de su situación actual, mucho peor que la anterior como consecuencia de la muerte de la avecilla.



(4. Estilo.)

Los seis primeros versos, según hemos visto, sitúan temporalmente la acción mínima y describen a la vez un entorno natural presidido por la alegría y el amor: el calor primaveral, el canto de las aves, los idilios... Las repeticiones de toda clase que se acumulan en estos versos son características del estilo de los romances y proporcionan armonía y equilibrio a la descripción.

Ésta se efectúa mediante una enumeración en la que cada miembro empieza con una anáfora (*cuando*). Encontramos también paralelismo (*cuando hace la calor / cuando canta la calandria*), aliteraciones que sugieren la diferente armonía de los cantos de las dos aves (*cuando canta la calandria / y responde el ruiseñor*) y derivación (*enamorados – amor*).



Esta visión del mes de mayo vincula este romance a todo un género de la lírica medieval: el de las mayas, que eran canciones que exaltaban la llegada del mes de mayo como tiempo propicio al amor: una clara muestra, pues, de las conexiones existentes entre el romancero y la lírica tradicional castellana.

El “sino” del octavo verso, con valor exceptivo, marca la antítesis entre la naturaleza primaveral y el triste encierro del prisionero. Hallamos de nuevo las repeticiones características del romancero: anáforas (*que, sino*), repeticiones sinónimas (*triste, cuitado*)... Es particularmente admirable la expresión de su total aislamiento respecto al mundo exterior, concentrada en estos versos de estructura sintáctica inversa:

que ni sé cuándo es de día,
ni cuándo las noches son,

La falsa antítesis *noche-día* no hace sino potenciar la completa soledad de su oscura mazmorra. En los versos siguientes encontramos un cambio significativo: hasta este momento, en toda la descripción del mundo exterior y de la antigua situación del prisionero, se empleaba el presente histórico: un recurso frecuente en el romancero para actualizar y hacer más vívida la narración. Pero ahora, como preparación al relato de la acción mínima, se vuelve al imperfecto:

Por el mes **era** de mayo
.....
sino por una avecilla
que me **cantaba** al albor.

El diminutivo “avecilla” expresa el cariño que el prisionero sentía por esa ave, único

nexo que le quedaba con el mundo exterior, que precisamente por entonces gozaba del renacimiento primaveral. Lo mismo ocurre con el dativo de interés (*matómela* en lugar de *matóla*) del pretérito indefinido que da cuenta de la muerte del ave:

Matómela un balletero;

Y en la imprecación final, reforzada por la exclamación, se concentra todo el desconsuelo y amargura que el prisionero siente al ver más agravada todavía su soledad.

¡déle Dios mal galardón!

(5. Conclusión.)

El texto comentado, en definitiva, es una buena muestra de la fuerza expresiva de los romances líricos y de sus relaciones con la lírica tradicional. De entre los diversos recursos expresivos observados, típicos de los romances, debemos destacar la sabia antítesis entre la plenitud de la naturaleza y la soledad del preso, que, combinada con la postergación de la acción clave –la muerte de laavecilla-, proporcionan una intensidad conmovedora a la amargura final del prisionero. No es de extrañar que, con el correr de los siglos, esta versión trunca alcanzase una mayor difusión y popularidad que la versión completa.